

Sof 3,14-17;
Is 12,2-6;
Fil 4,4-7;
Lc 3,10-18

LA BUENA NOTICIA

Gaudete. “¡Grita de alegría!”. Adviento es sobre todo esto. El anuncio del juicio que vendrá y la invitación joanea a la conversión, temas de los dos primeros domingos, tiene sentido solo en la alegría que emana de las lecturas de este tercer domingo.

Adviento es alegrarse por la buena noticia preanunciada siglos atrás por los profetas, que ardían al solo pensar que el Mesías un día habría vencido al enemigo, restituyendo Israel a la vocación primordial: ser reino de amor. La salvación ha llegado, el deseo de cada corazón se ha realizado: finalmente somos libres de amar. Somos liberados de la condena que nos inflige el enemigo, Satanás, condena que nos hace encerrar en nosotros mismos, en nuestros pequeños intereses. Estamos preparados para no tener ya temor, porque si Dios está con nosotros, si Jesús ha llegado en medio de nosotros, ¿quién estará contra nosotros? «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni porvenir...», dirá Pablo.

Nada nos da miedo; con la venida de Jesús la muerte está derrotada y con ella también el aguijón de la muerte, el pecado. Acaso ¿no pecamos, no matamos al otro (haciéndonos infelices) para salvarnos de la muerte? ¿No aplicamos, a menudo tristemente, el proverbio *mors tua vita mea*? No, ¡el Evangelio de la alegría, la *Evangelii gaudium*, es otra cosa! Es *vita tua vita mea*.

Entonces preguntan a Juan ¿qué tenemos que hacer?: «No exijan nada fuera de lo establecido. A nadie extorsionen; conténtense con su sueldo...». El Papa Francisco, en noviembre durante el convenio eclesial de Florencia, lo ha traducido así: humildad, desinterés, beatitud.

“Bienaventurados ustedes”, sí, bienaventurados nosotros cuando finalmente aceptamos ser liberados de nuestro egoísmo, entrando con corazón nuevo en aquel bautismo de Espíritu Santo y fuego en el cual nos hemos sumergido tanto tiempo atrás.



Oración

Señor, a menudo estoy triste,
nada me da alegría.
Veo solo desolación, egoísmo,
guerra y lucha entorno a mí.
Mi Señor y Maestro,
solo de ti espero la salvación,
solo de ti espero la liberación.
Sí, ¡la liberación está cerca!
Amen.

Stefano Stimamiglio, ssp